

res, y obsequiar con ellas á la Virgen María!

VI

Lleva Juan Diego las flores. — Llega á casa del Obispo. — Registran las criadas y se admiran. — Habla al Obispo. — Deja caer las flores y aparece la Imagen. — El demonio persigue á las imágenes, los católicos las aman y las veneran.

Amados niños: No bien hubo Juan Diego recibido el mensaje de boca de la Virgen, y oído la recomendación de llevar las rosas bien cubiertas, sin mostrarlas, cuando, dócil y sumiso, sin pensar más en el enfermo cuyos auxilios corría á buscar, creyendo en la palabra de la poderosa Señora que le había asegurado la curación del doliente, marcha presuroso

y con el júbilo que causa siempre el servicio de María Santísima, á cumplir su cometido. Lleva con gran cuidado las flores prodigiosas, y llegando á casa del Obispo, suplica á los criados le den aviso de su venida y de cómo quiere hablarle; mas pasando mucho tiempo sin obtenerlo, insta é insta de nuevo mostrando ser interesante lo que va á comunicarle. Observaron entonces que en la tilma llevaba algo, cuyo bulto se echaba bien de ver; y con la curiosidad propia de esos casos, y en esas gentes, preguntáronle qué guardaba, y no contestando el indio á medida de su deseo, le hacían instancias por conseguirlo. No contentos con las palabras, quieren pasar á las obras, y aunque aquel se resistía, no

obstante su natural timidez, recordando el encargo que de no enseñar á nadie las flores se le había hecho, no obstante, no pudo resistir tan completamente á la violencia, que evitara introdujesen las manos con los ojos á la tilma, y procurasen pálpar las flores que miraron. Mas á pesar de haberlas visto bien y percibido su fragancia, al querer tomar algunas les fué imposible, pues no pudieron asirlas ni desprenderlas, cual si estuviesen en la tilma entretejidas, ó pintadas. Con este suceso tan extraño se apresuraron á dar parte al Obispo (lo que tal vez hasta entonces no habían podido hacer), y le notificaron cómo el indio que había venido ya dos veces y que á la segunda se les había desaparecido en el camino,

estaba de tercera vuelta insistiendo en hablarle, y trayendo no sé qué extrañas rosas, que al verlas parecían naturales y recién cortadas, y al cogerlas no parecían sino tejidas, ó pintadas, lo que les parecía cosa admirable. Al oír esto el Prelado ordenó que le diesen libre entrada; y efectivamente, entra con su ligera carga que no abandonaba, saluda al Obispo con todas las señales de respeto, que exageran los indios ante los superiores, y luego hace la relación de todo lo que le acaeció, desde que se separó de allí con el encargo de pedir una señal: cómo volvió á encontrar en el mismo sitio á la Señora y le dió el recado que llevaba; cómo ella le mandó volver el día siguiente, no habiéndolo verificado por ocupar-

se en buscar quien curase á un tío suyo que gravemente había enfermado: cómo en este día había cambiado camino temiendo hallarla enojada, y no queriendo detenerse por llevar al enfermo un sacerdote: cómo, á pesar de su ardid, la Señora le había salido al encuentro, le había asegurado la inmediata salud del enfermo, y le había mandado cortar en la cumbre del cerro aquellas flores, y traérselas como señal, repitiéndole que deseaba se le edificase un templo en aquel sitio. Que allí traía en su manta aquellas flores, las cuales tenía orden de no entregar ni aun dejar ver sino á él tan sólo. Y entonces despliega la tilma, bajando las puntas que traía recogidas, y sobre una mesa que allí estaba, suelta las flores que

que caen al punto en ella. Estas eran de varias clases, pero principalmente de las llamadas rosas de Castilla, todas las cuales estaban frescas, olorosas y aun humedecidas con el rocío de la mañana. Y al caer, y dejar ver el fondo de la tilma, aparece pintada en ella, la graciosa, dulce y siempre amada Imagen de María Santísima de Guadalupe, la morena encantadora que todo mejicano conoce, y que vosotros niños, también tendréis muy conocida. Al contemplarla radiante de hermosura celestial, y derramando una unción de suavidad desconocida, el Obispo devoto se arrodilla, postrado la adora, reverente la besa, y con el semblante bañado en dulces lágrimas, más y más conmovido la contempla. También los

asistentes, no menos conmovidos, admirados la contemplaban, y devotos y reverentes la adoraban. Pasados esos legítimos transportes de gratitud y admiración, el Prelado con sus manos desata el nudo que mantenía la tilma pendiente del cuello de Juan Diego, y coloca en el oratorio la Imagen prodigiosa.

Tal fué, devotos niños, lo que algunos llaman la quinta aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, pues cuatro veces apareció ella misma al indio venturoso, y en esta vez apareció en su bellísima pintura al piadoso Prelado.

Dignas de nuestra veneración son las imágenes de los santos, pero mucha más las de Jesús y María; por eso el demonio tanto las persigue, por-

que ve que ayudan mucho á las almas á ser de Dios y de su santa Madre. Casi nunca han faltado hereges que ataquen con furor á las Imágenes, y las profanen horriblemente. Por el contrario, los católicos, las veneran, las adoran, les erigen altares, les encienden lámparas y las cubren de flores, y acuden á ellas en sus penas con una confianza jamás engañada. Por eso se llevan también en medallas ó relicarios sobre el pecho, es decir, cerca del corazón para mostrar el amor que se les tiene. ¿Lleváis vosotros consigo la medalla guadalupana? Pues si no la lleváis, sois ingratos con nuestra querida Madre. Llevad, llevad siempre su dulce Imagen sobre vuestro corazón, ponedla á la cabecera de vuestro lecho, pa-

ra que al verla recordéis siempre sus favores y os mostréis agradecidos á sus mercedes.

VII

Juan Diego en casa del Obispo.—Visita á Juan Bernardino.—El título de Guadalupe.—El prelado examina á los dos indios.—Colocación ó traslación de la Imagen.—La basilica.—La coronación.—Los niños mexicanos sean muy devotos de la Virgen de Guadalupe.

Amados niños: Después de haber el santo Obispo y los circunstantes satisfecho su devoción para con la hermosísima Imagen, prodigiosamente pintada en la tilma de Juan Diego, y después de haberla colocado con el adorno posible en el altar del oratorio episcopal, detuvieron al indio todo el día agasajándolo, y haciéndole mil

preguntas sobre cuánto le había acaecido, no ya dudosos como antes, sino admirados y convencidos. Al día siguiente, acudieron con él al lugar de los sucesos, para que mostrase el sitio que la Santísima Virgen había designado para que se le edificase el templo: bajaron al lugar donde le salió al encuentro el día anterior, cerca de una fuente de agua aluminosa (que llaman el pocito), y allí y en los demás parajes pusieron señales, para conservar memoria de los hechos. En seguida dispuso el Obispo que algunos de los suyos pasasen con Juan Diego hasta la casa de éste, para averiguar lo que hubiese de cierto en cuanto al tío enfermo de que hablaba, y á quien la Virgen había dado la salud. Y en efecto, regresando